



bricas azucareras entre el verdor de las plantaciones de tabaco, guardado todo por los crestos enarenados de Sierra Nevada...

Después de un rato de charla, la Jefe de la Escuela me deja a mis anchas entre las chicas. La desconianza del principio se trueca a los pocos minutos en una agradable conversación, compuesta

en gran parte por las incesantes preguntas que las muchachas, con la típica facundia de su sexo y su raza andaluza, me dirigen. Son alegres, desenfadadas, y a través de sus palabras se filtra en muchas ocasiones un fino humor que el cronista procura apresar y devolver...; todas pertenecen a los pueblos de los alrededores: Salobreña, Santa Fe, Pinos Puente, Guadix, Alcalá, y llegan aquí decididas a incorporarse disciplinadamente a su puesto de servicio. Y es delicioso advertir la sonrisa permanente que enciende sus labios, y que no decae ni en las más arduas faenas. Entre ellas hay dos laureadas; pertenecieron durante nuestra Guerra de Liberación a la guarnición del Santuario de Nuestra Señora de la Cabeza, y por designios del Caudillo, el laurel de la Cruz de San Fernando ha arraigado para que el mundo sepa siempre del heroísmo callado de aquellas mujeres que acompañaron al capitán Cortés en su resistencia denodada de nueve meses para gloria, orgullo y gozo de España...

Anécdotas, ingeniosidades, no faltarian para hacer más precisa y colorida esta breve crónica. No obstante, no queremos ceder a la tentación.  
(Continúa en la pág. 46.)

la camarada que tiene ahora a su mando esta Residencia-Escuela de las muchachas granadinas, un hotel amplio y lindo, ceñido por un bello jardín. Ante la fachada, y entre el follaje de los árboles, las tres banderas de España vuelan airoso, señalándonos siempre la solemne presencia de la Patria. Por las avenidas pasean, mirándome con curiosidad, varias chicas uniformadas. Empieza mi charla con la Jefe de la Escuela:

—La Escuela de Mandos Menores «Santa Fe» se inauguró el pasado mes de mayo, con asistencia de Pilar Primo de Rivera, que dió a las camaradas que entonces empezaban su curso la primera lección de Nacionalsindicalismo. A partir de entonces se han sucedido cinco cursos más para Delegadas, Secretarías locales, Divulgadoras, Mandos del Frente de Juventudes y de Renovación para Maestras.

—¿Cómo se realiza el ingreso?

—A propuesta de los Jefes locales, y teniendo siempre en cuenta los méritos que las aspirantes acumulen. Como es natural, la permanencia en la Escuela es completamente gratuita. Una vez celebrado el cursillo, su duración fluctúa entre los veintiuno o cuarenta días, las camaradas aprobadas reciben sus certificados de competencia y pasan a sus destinos.

—¿Cuál es el régimen interno de la Escuela?

—Procuramos sobre todo crear entre las alumnas un clima sincero de camaradería, cariño y respeto a la vez que avivamos su fervor por la Patria y la Falange. Nuestro horario de cada día es el que rige en todas las Escuelas de España, y se cumple terminantemente, con perfecta disciplina y alegría. Mucho podría hablarle del entusiasmo y voluntad que las chicas ponen en su tarea diaria.

—¿Qué capacidad tiene la Escuela?

—Para un máximo de cuarenta, que casi siempre se cubren. Ahora acaban de iniciarse las clases y aun no está el cupo completo; pero pronto lo estará.

A lo largo de nuestra charla hemos atravesado el jardín y ascendemos por una escalinata que conduce al vestíbulo. Conchita Linde empieza a mostrarnos con orgullo de madrecita los interiores del hogar que ella dirige. El recibimiento, con floridas cortinas y sillas de pleita, con ramos verdes recién cortados sobre mesas y repisas. El cuarto de visitas, tapizado en rosa, con unos simpáticos y sencillos muebles. El aula de estudio, con anchas ventanas abiertas al silencioso jardín para que la tarea intelectual sea a la vez un deleite de los sentidos. El corredor, ordenado y en penumbra, de cuyo techo, junto al ventanal, pende una jaula con un jilguero, que trina alegre...; los dormitorios de las alumnas, con las literas superpuestas a son de mar y con ese aire perfumado y pícaro de todos los dormitorios colegiales; las colchas, de colores, y las mesillas, rigurosamente ordenadas...; y los lavaderos, las cocinas, la despensa y, finalmente, una terraza inundada de sol desde la que se ve el panorama inolvidable de la vega y la ciudad granadina, esmaltada de chimeneas de fá-

